

cracia un paso más para que me hiriese, no miraría esta circunstancia como una calamidad pública. ¿Qué me importa el peligro? Mi vida es de mi patria, mi corazón está exento de temor, y si yo muero, será sin mancha y sin ignominia. (*Repetidos aplausos*). Yo no he visto en las adulaciones que se me han prodigado, y en las caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habían concebido áun ántes que fuesen amenazados.

»También he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara, le abandoné. También he tenido relaciones con Roland; fué traidor, y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es más, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (*Aplausos*). Así es que sin duda nos hacen falta algún valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de sí una barrera de culpables, quedan expuestos al llegar el día de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta Asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra, y que ha aniquilado todas las facciones. El número de los culpables no es muy grande.»

## VI

Este discurso tenía al ménos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresía de que se le acusaba, podría haberse ocultado, callar y dejar á un comité anónimo la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir al comité y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad, y fingieron convicción. Legendre, cuyo valor había desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo. Apresurándose á aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente, balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo ménos corazón, ni un orador ménos palabras. Legendre se hundió ante la Asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al ménos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de la justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los emigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Chabot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Hérault de Séchelles reflejasen sobre Danton. Bien se veía que el acusador mismo no creía en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la víctima responsable de todos los males de la república, y que en el fondo, el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: «Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad».

«Ciudadanos,—dijo Saint-Just,—la revolucion está en el pueblo, y no en la

fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria; es tan exclusivo, que todo lo sacrifica, sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano, al interés público. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo á Cartago, arroja á un romano en un abismo, y coloca á Marat en el Panteon. Vuestros comités de salud pública y seguridad general, llenos de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algunos hombres que hacen traicion hace ya mucho tiempo á la causa pública. ¡Ojalá que este ejemplo sea el último que deis de vuestra inflexibilidad con respecto á vosotros mismos! Hemos pasado por todas las tempestades que acompañan ordinariamente á los vastos designios. Una revolucion es una empresa heroica cuyos autores marchan siempre entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando revista en seguida á todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just exclamó: «Danton, tú responderás á la justicia inevitable é inflexible. Veamos tu conducta anterior, y mostremos que, cómplice desde el primer día de todos los atentados, fuiste siempre contrario al partido de la libertad, y que conspiraste con Mirabeau y Dumouriez, con Hebert y con Hérault de Séchelles. Danton, tú has servido á la tiranía; cierto es que te opusiste á Lafayette, pero Mirabeau, Orleans y Dumouriez también se le opusieron. ¿Te atreverás á negar haberte vendido á los tres hombres que con más afán han conspirado contra la libertad? Por la proteccion de Mirabeau fuiste nombrado administrador del departamento de Paris en el tiempo en que la asamblea electoral era decididamente realista. Todos los amigos de Mirabeau se gloriaban en alta voz de que te habían cerrado la boca. Así es que mientras vivió aquel detestable personaje, tú has permanecido mudo. En los primeros crepúsculos de la revolucion mostraste á la corte un aspecto amenazador y hablaste contra ella con vehemencia. Mirabeau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y se apoderó de tí. Tú te apartaste desde entónces de los principios severos, y no se oyó hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Entónces apoyaste en los Jacobinos la mocion de Laclos, que fué un pretexto funesto y pagado por la corte para desplegar la bandera roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en aquel complot, combatieron inútilmente tu sanguinaria opinion. Tú contribuiste á redactar con Brissot la peticion del Campo de Marte, y los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar á dos mil patriotas. Brissot anduvo errante despues por Paris sin que nadie le persiguiese, y tú te fuiste á pasar unos cuantos días alegres á Arcis-sur-Aube, si es que el que ha conspirado contra su patria puede ser dichoso. ¿Se concibe la calma de tu retiro en Arcis-sur-Aube, siendo tú uno de los autores de la peticion? Mientras los que la habían firmado, los unos estaban cargados de hierros, los otros habían sido asesinados, Brissot y tú érais objeto de reconocimiento para la tiranía, puesto que no érais para ella objetos de odio y de terror.

»¿Qué diré de tu cobarde y constante descuido por la causa pública en medio de las crisis, en donde siempre tomabas el partido de la retirada? Muerto Mirabeau, tú conspiraste con los Lameth y los sostuviste. Tú permaneciste neutral durante la Asamblea legislativa, y quedaste en silencio en la penosa lucha de los Jacobinos con Brissot y la faccion de la Gironda. Tú apoyaste desde luégo su opinion sobre la guerra. Hostigado en seguida por las reprensiones de los mejores ciudadanos, declaraste que observarías á los dos partidos, y te encerraste en el silencio. Danton,



tú tuviste despues del 10 de Agosto una conferencia con Dumouriez, en donde os jurásteis una amistad á toda prueba y unísteis vuestra fortuna. Tú fuiste quien al regresar de Bélgica te atreviste á hablar de los vicios y de los crímenes de Dumouriez, con la misma admiracion que si hubieses hablado de las virtudes de Caton.

»¿Qué conducta has observado en el comité de defensa general? Tú recibiste allí á los cómplices de Guadet y Brissot. Tú le dijiste á éste: «Teneis talento, pero tambien teneis pretensiones». Hé aquí tu indignacion contra los enemigos de la patria. Por aquel mismo tiempo te declarabas por los principios moderados, y tus formas robustas parecian ocultar la debilidad de tus consejos. Tú decias entónces que las máximas severas harian demasiados enemigos á la república. Conciliador vulgar, todos tus exordios en la tribuna empezaban con el trueno y concluian por hacer transigir á la verdad con la mentira. Tú te avenias á todo. Brissot y sus cómplices salian siempre contentos de tí. En la tribuna, cuando aquellos hombres acusaban tu silencio, les dabas consejos saludables para que disimulasen mejor. Tú les amenazabas sin indignacion y con una bondad paternal, y les dabas mejores consejos para corromper la libertad y para que se salvaran, para engañarnos con más seguridad, que los que dabas al partido republicano para perderles. «El odio, decias tú, es insoportable á mi corazon.» Pero ¿no eres criminal y responsable por no haber odiado á los enemigos de la patria? Tú viste con horror la revolucion del 31 de Mayo. Mal ciudadano, has conspirado; amigo falso, hace dos dias que hablabas mal de Camilo Desmoulins, instrumento tuyo á quien has perdido y á quien imputaste los vicios más vergonzosos. Como hombre perverso, has comparado la opinion pública á una mujer de mala vida; has dicho que el honor era una ridiculez, y que la gloria y la posteridad eran una simpleza. Estas máximas debian reconciliarte con la aristocracia. Estas eran las de Catilina. Si Fabre es inocente, si Orleans y Dumouriez lo fueron, tú lo serás sin duda. He dicho lo bastante. Tú responderás á la justicia.»

Pasando Saint-Just de Danton á sus cómplices, los designó en masa á la severidad de la Convencion. «Estoy convencido—dijo—de que esta faccion de los indulgentes está ligada con todas las demas, de que ha sido hipócrita en todos tiempos, y de que ha hecho todo lo posible por destruir la república debilitando las ideas de libertad. Camilo Desmoulins, que en su principio fué engañado, concluyó por ser cómplice; fué, como Philippeaux, un instrumento de Fabre y de Danton. Este contó como una prueba de la honradez sencilla de Fabre que encontrándose en casa de Desmoulins en el momento que éste leia á no sé quién el escrito en que pedia un comité de clemencia para la aristocracia y llamaba á la Convencion la corte de Tiberio, Fabre se echó á llorar. ¡El cocodrilo tambien llora!... Todas las reputaciones que se han hundido eran unas reputaciones usurpadas. Los que reprenden nuestra severidad preferirian que fuésemos injustos. Poco importa que el tiempo haya llevado algunas vanidades al cadalso, al cementerio y á la nada, con tal de que quede la libertad; así se aprenderá á ser modesto, así los hombres se lanzarán hácia la sólida gloria y hácia el sólido bien, que es una probidad oscura. Han pasado los dias del crimen. ¡Desgraciados de los que sostengan su causa! ¡Perezca todo lo que sea criminal! No se constituyen las repúblicas con miramientos, sino con el feroz rigor, con el inflexible rigor hácia todos los que sean traidores. Denúnciense en buen hora los cómplices pasán-

dose al partido de los malvados. Lo que hemos dicho no será perdido para el mundo. Puede privarse de la vida á los hombres que como nosotros se han atrevido á todo por la verdad, pero no se les puede arrancar el corazon, ni negarles el sepulcro hospitalario bajo el cual se ocultan á la esclavitud y á la vergüenza de ver triunfar á los malvados. Ved aquí el proyecto de decreto: «La Convencion nacional, despues de haber oido el informe de los comités de seguridad general y



Los dantonistas ante el tribunal revolucionario.—Pág. 355.

»de salud pública, decreta la acusacion de Camilo Desmoulins, Herault, Danton, Philippeaux y Lacroix, iniciados de complicidad con Orleans, Dumouriez, Fabre d'Eglantine y los enemigos de la república; así como por haberse mezclado en la conspiracion que tendia á restablecer la monarquía, á destruir la Representacion nacional y el gobierno republicano. En consecuencia, ordena que sean juzgados con Fabre d'Eglantine».

Ninguna voz se levantó contra estas conclusiones. El voto fué tan unánime como el espanto. La fama, la libertad, la vida y la muerte de aquellos representantes fueron entregadas por aclamacion al comité de salud pública.



Fouquier-Tinville fué llamado al comité y encargado de hacer comparecer á los dantonistas en el tribunal revolucionario. Agudo y afilado como la hoja de una espada, Fouquier no tuvo más que hacer que redactar en forma de acta de acusación el informe de Saint-Just.

Danton, sin embargo, aparecía tranquilo en su prisión, fingiendo el desinterés de su propia suerte. Chanceándose á través de la reja con los demás presos, hacía en términos grotescos el retrato de los miembros del comité. «La república los aplastará,—decía.—Si yo pudiera dejar mis piernas al parálítico Couthon y mi virilidad al impotente Robespierre, esto podría marchar aún por algún tiempo. En cuanto á mí,—añadió,—no echo de ménos el poder, porque en las revoluciones queda la victoria por los pícaros.»

Por estas palabras se conoce que las revoluciones no habían sido nunca para él sino unas luchas de ambición, y nunca triunfos de las ideas.

Otras veces, arrepintiéndose filosóficamente de las agitaciones de su vida y de la vanidad de la ambición, decía: «¡Valdría más ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Recordando con placer los dichosos días que había pasado en su última retirada en Arcis-sur-Aube, hablaba de los espectáculos y de las distracciones del campo, de la serenidad que el contacto con la naturaleza esparce en el corazón del hombre, de la felicidad doméstica y del ardiente amor de su corazón hacía una mujer que le hacía olvidarse hasta de su patria. Se enternecía al pensar en el cautiverio de tantas madres, esposas é hijas inocentes encerradas en el Luxemburgo, fingiendo que ignoraba aquel abuso y aquel exceso del sombrío poder de la Convención. «¡Cómo!—dijo una de las presas á Lacroix, que se paseaba con Danton.—¿No sabíais que millares de presas poblaban las cárceles, y no habeis encontrado nunca las carretadas de sentenciadas dirigiéndose al suplicio?» «No,—contestó Lacroix,—yo no me he hallado nunca con las carretas, no he visto jamás correr la sangre, porque me hubiera horrorizado. Danton y yo queríamos una república sin ilotas.»

## VII

Así se pasaron los días que precedieron al juicio. Se respetaba á Danton, y se compadecía á Lacroix, á Bazire y á Camilo Desmoulins. Herault de Sechelles tenía la serenidad de un justo que ha pesado su vida y su muerte, y que se glorifica del martirio por la libertad. Joven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento, y uno de los más hermosos hombres de su tiempo, Herault de Sechelles dejaba, sin embargo, detrás de sí un amor que debía aumentar el dolor de su alma. Durante su misión en Saboya, se había relacionado con una joven de nacimiento ilustre y de rara belleza. Esta había sido para Herault de Sechelles en Chambery lo que Teresa Cabarrús había sido para Tallien en Burdeos. La infeliz lloraba y se desmayaba en las puertas de la cárcel, sin poder ablandar á Robespierre.

Fabre d'Eglantine, consolado algunas veces con las visitas de su mujer, estaba bastante enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, cubierto de ridículo y de desprecio por los demás presos, no podía soportar este suplicio de la infamia. No tuvo ni la gloria que tanto había ambicionado en la muerte. Su cabeza cayó en medio de los silbidos. Se procuró un veneno, lo bebió, y no pudo soportar los dolores de la

agonía. Sus gemidos atrajeron á los carceleros á su calabozo, y éstos le volvieron á la vida, conservándole así para el suplicio.

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasión que se experimenta hacía la debilidad. Ligerero y caprichoso aún en sus iras, la sonrisa había estado siempre al lado de la imprecación en sus labios. Los odios que había inspirado eran tan ligeros como él, y no resistían á sus lágrimas. Camilo no cesaba de invocar en altas voces el nombre de su mujer, la bella Lucila. Desesperada esta joven, y privada hacía cinco días de su padre y de su marido, estaba todo el día alrededor del Luxemburgo para ver á este último, ó al ménos para ser vista de él, aunque fuese de lejos. Las señales eran los únicos medios que tenían de hablarse á través del espacio. Su separación había sido tan patética como imprevista.

Lucila era hija de madama Duplessis, una de las más hermosas mujeres de su tiempo, y de Mr. Duplessis, antiguo empleado en hacienda y celoso patriota. Una larga pasión y una dolorosa esperanza de muchos años habían precedido á la unión de los dos jóvenes esposos. Aquel jardín del Luxemburgo en donde lloraban ahora los dos amantes, había sido precisamente el lugar de su primer encuentro, de sus entrevistas y de sus amores. Brissot, Danton y Robespierre visitaban entonces la casa de Duplessis, y habían firmado como testigos y amigos de la casa el contrato matrimonial. De estos hombres, separados á la sazón por las facciones y por el cadalso, el uno era la ocasión y el otro el instrumento de las desgracias y de la viudez próxima de la joven esposa.

La noche del 30 al 31 de Marzo, en el momento en que Camilo descansaba en los brazos de su esposa, el ruido de la culata de un fusil junto al dintel de la puerta de su habitación le hizo despertarse sobresaltado. «¡Vienen á prenderme!»—exclamó. Se desprendió de los brazos de su mujer, y fué á abrir á los soldados, que le presentaron la orden de darse á prisión, y restregándola entre las manos, dijo: «¡Esta es la recompensa de la primera voz de la revolución!» Estrechó contra su corazón á su mujer y á su hijo, que estaba dormido en la cuna, y siguió á los gendarmes al Luxemburgo, sin saber aún nada de su crimen ni de sus cómplices. Arrojado en medio de la noche á un calabozo, oyó por las grietas de la pared una voz conocida que exhalaba dolorosos gemidos. «¿Eres tú, Fabre?»—le dijo. «Sí,—le respondió el enfermo.—Pero ¿eres tú, Camilo? ¿Tú aquí, siendo amigo de Danton y de Robespierre? Pues qué, ¿se ha consumado la contrarrevolución?» Fabre d'Eglantine y Camilo Desmoulins estuvieron hablando hasta el día, sin poder adivinar el enigma de su situación. El alma débil del folletista no tenía el temple necesario para resistir las sacudidas violentas de las revoluciones. En lugar de tener firmeza, se enternecía. Dejaba demasiado amor y demasiada felicidad detrás de sí para no sentir la pérdida de la vida. Su mujer no podía creer en una separación eterna. «¡Ay de mí!—exclamaba delante de los que fueron á consolarla.—Lloro como mujer porque él sufre, porque dejarán que le falte todo, porque Camilo no nos verá ya más; pero yo tendré todo el valor de un hombre, y le salvaré. ¿Por qué me han dejado á mí libre? ¿Creen que no levantaré la voz? ¿Han contado con mi silencio? Yo iré á los Jacobinos é iré á casa de Robespierre. Fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. Su mano ha unido las nuestras. Habiéndonos servido de padre, ¿cómo puede ser nuestro asesino?»